

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

Sociología y Filosofía.

Eva Arias.

Cita:

Eva Arias. (2007). *Sociología y Filosofía. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/460>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Sociología y Filosofía.

Eva Arias.

Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

ariaseva@yahoo.com.ar

Si bien el objeto de éstas páginas no es una aproximación a la relación histórica o actual y contemporánea de la relación entre la sociología y la filosofía, éstas dos disciplinas son fundamentales para abordar la temática de este pequeño texto. El cual hace referencia al fenómeno de la droga como problemática que se manifiesta actualmente en términos globales. Sin embargo las herramientas a partir de las cuales se aborda este fenómeno se remiten a la sociología contemporánea -en particular a sociología de la cultura- y a la filosofía clásica a partir de ciertos aportes provenientes de la dialéctica hegeliana. Es decir, que el tema de la droga surge como caso testigo de la fuerte vinculación y relación de complementariedad que existe entre las dos disciplinas que aquí nos reúnen: La sociología y la filosofía.

EL FLAGELO DE LA DROGA

El consumo y tráfico de drogas, además de ser un eje de preocupación para todos o la mayor parte de los gobiernos a nivel mundial, se caracteriza por ser muy vasto y complejo. Por lo tanto, no es posible atribuir al fenómeno de la droga una única causa que le da origen, dado que estamos en presencia de un fenómeno multicausal.

Es por eso, que existen múltiples explicaciones del mismo. A continuación, se tratará esta temática desde uno de los posibles abordajes que la problemática de las drogas ofrece.

Para esto, resulta de importancia situar este fenómeno en su tiempo. Las características preponderantes de la época actual, serán más claramente identificadas si se las contraponen a algo diferente, tal vez opuesto y en este caso anterior en términos cronológicos. Nos referimos a la sociedad de productores, la que dió origen a la industria. En esta sociedad el énfasis estaba puesto en la producción. Por lo tanto, sus integrantes reconocían la necesidad de ejercer el papel de productores. Esa era la norma tácita o explícita, que se les asignaba socialmente a los individuos.

Asimismo, las instituciones, en la primera etapa de la sociedad industrial, preparaban y educaban a las personas para que éstas pudieran desempeñarse dentro de los parámetros sociales preponderantes.

El cumplimiento del deber y el trabajo bien realizado constituían valores destacados. La ética del trabajo representaba un elemento de importancia que tendía y fomentaba la integración social. Existía una idea de progreso,

entendida primero desde la felicidad y bienestar colectivo y luego individual. Las instituciones orientaban a los sujetos en el desempeño de sus roles y por tanto contribuían en la conformación de identidad de las personas.

Así, la identidad individual se constituía en gran medida en el marco de instituciones que otorgaban a la conducta humana un sentido tanto trascendente en algunos casos, como mundano y concreto en otros.

En este sentido, la antes mencionada identidad individual era algo dado; un elemento que era “asignado” y que sólo debía conservarse. Ya se nacía con los atributos determinantes: un determinado sexo, un rol, un estatus y una clase social específica; en el marco de instituciones dadoras de sentido. El trabajo constituía, asimismo un factor de gran relevancia en la constitución identitaria.

Por otra parte, hacia 1950, a partir de los diversos avances técnicos y científicos, el sistema productivo incorpora maquinaria que va a sustituir una parte del trabajo humano: la del trabajador no calificado. De este modo se sustituye y desplaza del sector industrial a gran cantidad de personas. Si antes, con la línea de montaje, la herramienta estaba en manos del obrero; a través de un proceso de ajuste de la maquinaria, con una línea de montaje robotizada, el hombre pasa a ser un atributo de la máquina.

El sistema produce ahora dos tipos de trabajadores de manera diferenciada: Por un lado, los que realizan trabajos más complejos y especializados y los que desde una condición degradada funcionan como apéndice de la máquina desarrollando las tareas más simples, pero ya como un sector que se ha visto reducido, no sólo en términos numéricos, si no también de relevancia dentro de la producción.

Las modificaciones, que de este modo se traducen en el sistema productivo, tienen a su vez gran impacto social. La población desplazada pasa en gran medida a constituir la llamada población sobrante, ya que, por un lado, no puede reinsertarse en esa u otra rama de la producción y por otro, constituye el sector de la mano de obra, que el capital no necesita, ni va a necesitar para su reproducción. Ya no se requiere un número muy grande de personas desempeñándose como obreros dentro del sector productivo, dado que la maquinaria puede ocuparse de desarrollar tales tareas. Ahora, en cambio, para un óptimo desarrollo y funcionamiento del sistema es necesario que el grueso de la población se aboque al consumo de aquello que se produce. Es decir, que en este segundo momento el énfasis general se pone en el consumo. Este cambio de énfasis repercute en gran cantidad de aspectos sociales.

Entre los más relevantes cabe destacar lo referente a las instituciones tradicionales, como la escuela, la familia, la iglesia o el Estado. Estas instituciones entran en crisis, dado que su funcionamiento se solía desarrollar en una dinámica de tipo integradora, normalizadora; opuesta a la naciente, en la cual a partir de los diversos avances tecnológicos, la situación da cuenta de que la productividad se expande en forma inversamente proporcional a la reducción de los empleos. En la sociedad de consumo, la formación, entrenamiento y dirección que proporcionan las instituciones panópticas ya no coinciden con la nueva lógica reinante: la lógica del mercado. Al considerar en

particular el caso del Estado se aludirá también a las demás instituciones. Con el declive del Estado como institución dadora de sentido, no se produce la sustitución de un paradigma estatal por otro; la dinámica del mercado constituye ahora la práctica dominante. El pasaje del Estado al mercado da cuenta de que el sentido producido por los mecanismos estatales, resulta ya incapaz de orientar la conducta de los individuos. Asimismo, si el Estado centralizaba y articulaba la dinámica institucional anterior, ahora las demás instituciones han perdido su centro.

Por lo tanto, ya no pueden imprimir sentido en la conducta de los individuos. Lo cual genera en éstos una sensación de desamparo, de incertidumbre. Siguiendo a Bauman es posible afirmar, que “la incertidumbre del presente es una poderosa fuerza individualizadora. Divide en vez de unir”¹.

Es decir que, en la sociedad de consumo, en concordancia con lo antes expuesto, no se fomenta la agrupación en comunidades con características comunes a partir de determinadas instituciones, que generen grupos de pertenencia y de fortalecimiento identitario.

Por el contrario, el consumo como práctica se opone a la integración, cuestión que se explica a partir de la naturaleza individual de la elección y del consumo. Lo que predomina en este tiempo, sería entonces una sociedad basada en el aquí y ahora, que recurre al crédito antes que al ahorro, pragmática y flexible y para la cual el consumo es percibido como una potestad de la que se debe disponer y aprovechar, antes que una imposición que se debe llevar a cabo.

En este sentido, la falta de recursos económicos que permitan acceder al consumo representa, en este marco, la falta de aptitud, de destreza para cumplir con las tareas atribuibles y atribuidas al consumidor actual. La pobreza representa, entonces la forma en que la lógica del mercado excluye a aquel que la padece de los beneficios materiales que entre los demás se distribuyen. Sin embargo, los estilos de vida actuales difundidos en gran medida desde la publicidad, si bien son solamente adquiribles por consumidores “aptos”, son deseados por todos. Ricos y pobres se encuentran insertos en una misma cultura y reciben por tanto los mismos mensajes. Éstos suelen transmitir ideas como: “consumir es formar parte”, “consumir es sentirse seguro”, “...es sentirse bien con uno mismo, con los demás”, etc. Si se toma por caso a la Argentina, donde alrededor del treinta por ciento de los argentinos vive por debajo de la línea de la pobreza², resulta verosímil considerar como factible que una parte de la población vive el deseo de consumo como algo placentero y un sector muy numeroso lo percibe como algo frustrante.

La drogadicción constituye en este marco un problema global, que surge como una consecuencia viable en una sociedad, en la cual existen fallas de funcionamiento “sistémico”, que generan condiciones de enfermedad en el sujeto particular. El cual percibe como falencias y fracasos personales las deficiencias e irregularidades sociales, entendiendo por éstas fenómenos como el desempleo o la exclusión.

Frente a esta sensación de vacío, apelar al consumo de determinadas sustancias que permitan al sujeto evadirse, se presenta como una opción claramente factible, amparada además por la falta de modelos sociales a seguir y por las crisis: identitaria como fenómeno colectivo, de valores tradicionales, así como también de representatividad en los partidos políticos y de la autoridad en general.

De este modo, la droga representa un “bastón” para el individuo, al otorgarle pertenencia social, dado que lo incluye en el esquema de consumo, al tiempo que actúa llenando en algunos casos vacíos existenciales, como la búsqueda de libertad y en otros vacíos concretos e imprescindibles para la subsistencia, como la carencia de una vivienda o de alimentos.

Pero además de las cuestiones referidas al consumo de drogas, también cabe mencionar lo referente al tráfico de sustancias psicoactivas.

La localización y captura de importantes líderes de narcotráfico en el mundo, no ha generado un descenso en los niveles de cultivo, consumo o tráfico de sustancias ilícitas.

Resulta muy complicado pensar una solución a la problemática del consumo y del tráfico de drogas.

Sin embargo, cualquiera sea dicha salida debe focalizarse en el consumo y en el consumidor. Es decir, que si bien resulta de gran importancia que los gobiernos y sus fuerzas de seguridad se ocupen de hostigar a los productores antes que a los consumidores; el tráfico y la comercialización de drogas no escapa a la lógica de mercado y por tanto, seguirá habiendo oferta mientras persista la demanda. Es por esto, que la llave de salida en este circuito dialéctico de la droga, se encuentra en manos de los consumidores. Paradójicamente, aquéllos que dependen de la droga, sus consumidores, son los únicos que potencialmente pueden o podrían liberarse de ella, por supuesto amparados y contenidos a partir de la voluntad estatal de difundir todas las herramientas y recursos disponibles.

Por otra parte, en lo referido a la producción y tráfico de estupefacientes, este mercado global ha evolucionado de forma tal, que -si bien en los diversos países con distintos grados de desarrollo- se han generado sistemas sociales que en muchos sentidos resultan paralelos a la sociedad ya existente. Poseen sus propios ejércitos, sus propios códigos, sus propios patrones de acción, su propio sistema de seguridad y hasta su propio “Estado benefactor”. Claro que la constitución de este sistema paralelo puede contar en varios países con la cooperación de algunos gobiernos y demás sectores de poder.

¿Qué factores permitieron el surgimiento de esta sociedad paralela?

Se podría pensar una posible respuesta a esta pregunta estableciendo una división temporal que contenga tres momentos:

En el primer momento, la droga no se encuentra aún tan instalada en la sociedad como actualmente, sin embargo, distintas fallas en el funcionamiento del sistema social –como corrupción, desidia, desempleo, pobreza o marginalidad- dan lugar a la conformación de una “microsociedad” paralela, en la cual ciertos sectores hasta entonces segregados encuentran la posibilidad de desarrollar funciones, que dentro de esta nueva lógica son de utilidad para el funcionamiento de ese universo naciente. A este universo le corresponderá su respectivo mercado, el cual va a emplear a gran cantidad de personas para alcanzar un funcionamiento eficaz. Aquí se incluyen: productores, transportadores y comerciantes. Esto va a generar, desde luego ingresos para quienes intervengan en este procedimiento productivo-comercial. Una situación como la descrita puede ser atribuida al escenario actual, que en el marco de la distribución temporal ya aludida ocuparía el segundo momento. El cual está dando cuenta de que errores como los ya mencionados dieron paso a la formación de “dos mundos paralelos”.

¿Es posible revertir esta situación? Responder certeramente un interrogante de estas características no resulta sencillo. Pero a modo de esbozo y continuando con el “esquema” antes planteado, se debe contemplar la existencia de un tercer momento, en el cual sería necesario revertir los errores que permitieron la conformación de un sistema social paralelo al ya existente; amparado en la ilegalidad. Restituir esa parte que ha sido separada y desplazada del todo implica y requiere un gran esfuerzo y decisión. Es decir que, la situación que dió lugar a la creación de este error debe ser reparada a partir de la superación de esta etapa. Para lo cual, es necesaria la integración de este segundo mundo producto de diversas falencias y errores, cuya sumatoria dió lugar al desarrollo del narcotráfico como mundo paralelo.

Ciertamente este proceso no puede producirse “por generación espontánea”. Por el contrario, se requiere una fuerte voluntad estatal, cuya manifestación práctica se clarifique a partir de la implementación de políticas de Estado integrales que tiendan a cubrir y llenar los múltiples huecos a partir de los cuales la droga a podido introducirse e instalarse en los más diversos sectores sociales. De modo que serían necesarias políticas integrales contra las drogas, aplicables a todos los ámbitos de la vida social: Educación, ámbitos laborales, sectores marginados, sectores sociales altos medios y bajos, así como también un fortalecimiento de las instituciones tradicionales, reconociendo falencias, elaborando diagnósticos francos sobre las debilidades y los logros, que permitan desarrollar una planificación a corto, medio y largo plazo sobre las distintas necesidades actuales.

BIBLIOGRAFÍA:

Bauman, Zygmunt. *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra, 2001.

Béjar, Helena. *Identidades inciertas: Zygmunt Bauman*. Barcelona: Herder, 2007.

Dri, Ruben. *Intersubjetividad y reino de la verdad. (Aproximaciones a la nueva racionalidad)*. Buenos Aires: Ruben Dri, 1993.

Grupo Doce. *Del Fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Gráfica México, 2001.

Hegel, Georg: *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

Kojeve, Alexandre. *La idea de la muerte en Hegel*. Buenos Aires: Editorial Leviatán, 1990.

Puentes, Mario. *Detrás de la droga*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 2005.

¹ Bauman, Z: “La sociedad individualizada”, Madrid, Cátedra, 2001.

² Fuente: Banco Mundial, año 2007.